

VACACIONES

Por tierras de Rioja y Aragón

Cerro «San Lorenzo». 2.303 mts.

25 Junio. — Va amaneciendo y la mañana estival llénase de luz; nuestros ojos acostumbrados a los verdes paisajes en que nacimos, sienten la extrañeza de lo nuevo, de lo desconocido.

Sobre la carretera polvorienta, cortada por profundos surcos abiertos por el rodar de los carros, caminamos sin prisa; nuestras espaldas abatidas por el peso de las mochilas, los pies cansinos con el agarrotamiento del comenzar.

Ascendemos con el sol, por el seco cauce de invernata, que las aguas del



Cumbre de San Lorenzo (2303 mts.)

deshielo, poblaron de redondos y lisos cantos que amontonados, descienden hacia el estrecho valle en el que se asienta, alegre y acogedor, Ezcaray. Lentamente, sin la brusca sensación de alcanzar altura a la que estamos habituados, atravesamos la aldea de Cilbarrena; casas de piedra, negruzcas y desvencijadas, en las cuales hasta las techumbres cubiertas de pardas tejas, colaboran a impresionar con una desagradable sensación de miseria y tristeza. Nuestras botas claveteadas hacen sonar, con nuestras pisadas, los guijos mal dispuestos de la estrecha calle, entre los que corretea, sucia, el agua que se sobra de las viviendas.....

Mas tarde, el paisaje se nos hace familiar al atravesar un bosque de hayas y pisar hierba, pero pronto el sombrío bosque queda abajo al alcanzar una pequeña y alta pradera. Desde ella, frente a nosotros, lejano y grisáceo bajo el cielo plumizo recorrido por nubes, San Lorenzo se nos muestra tachonado de blancos neveros. En sus duras laderas, rompiendo el silencio de aquellas soledades, el agua se despeña impacientemente, ansiosa de unirse al Oja kilómetros más abajo, en el valle que dejamos.

Bordeamos la amplia barranca que nos separa del gigantesco cerro. Reses y caballos pacen quietamente en la raquítica hierba que, en trozos, crece al abrigo de los demás cerros de la sierra; según nos acercamos al objeto de nuestro andar, las nubes que antes pasaban veloces y altas, descienden arañando primero las solitarias cimas y cubriéndolas después como celosas de nosotros, dos insignificantes criaturas, que marchamos hacia ellas para recrearnos en lo que la soledad y el silencio hacen bello.

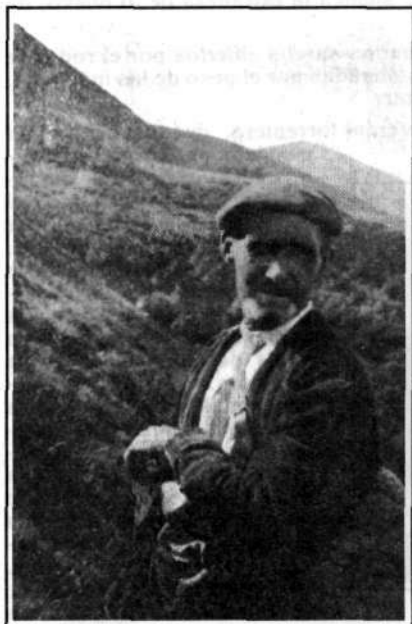
A la altura de los primeros neveros caminamos ya entre su gasa gris, quedando bajo nosotros un pluviómetro en ruinas, invisible ahora. La piedra suelta, dislocada y arrasada despiadadamente por las aguas del deshielo, hace penosa la subida y, a veces, con ella desciende el cuerpo impotente de afianzar pié en lo movable.

¡La cima! Desolada, se nos muestra como un caos de piedra desmenuzada y en un hoyo, deshechas, las abatidas ruinas de una ermita que existió y que la naturaleza incrédula destrozó consciente de su poder..... Sobre ella, entre girones de nubes, nos es dado contemplar el paisaje que se extiende a nuestros pies. Infinito, nuestra vista no alcanza lugar de vacío. La legendaria Demanda se nos muestra cercana, con su San Millán cubierto de nieve; más allá, al Oeste, los cortados picachos de Guadarrama y Gredos recortando el horizonte gris; al Sur, los bellos Picos de Urbión sobre Soria y al Este,

Moncayo asoma su cima, guardando en sus repliegues leyendas de hadas y gnomos..... Al Norte, solo montones de nubes.....

Vuelven las nieblas a envolvernos en ellas, cubriéndolo todo, y sin otro sonido que el lejano del agua al despeñarse, nos sentimos tan pequeños que acaso creimos no existir en realidad.

En la tarde, un trozo de cielo azul nos permite ver el sol que marcha al poniente, haciendo que las cimas de las sierras vecinas adquieran un tinte negruzco; semejando acercarse a nosotros al resaltar en aquella luz triste los accidentes de sus quebradas, nos pareció que querían ser contempladas mejor.....



Pastor de la sierra de San Lorenzo

En el descenso, nuestro camino sufrió variación; llovizna y la niebla es tan densa que nos impide distinguir nada. El frío intenso del atardecer sacude nuestros cuerpos y, en lo desconocido siempre, corremos hacia donde se despeña el agua, lugares de maravilla en los que la niebla pone todo su triste encanto, transformándolos a su antojo.

Con el anochecer llegamos a Urdanta, aldea bajo el gigante que el arroyo atraviesa turbulentamente, para amansarse pocos metros mas allá, al llegar a las quietas aguas del Oja, como si llegar a ella hubiera sido su exclusivo afán. Entre las humildes casas, miramos a las cumbres invisibles y pensamos que, heladas, azotadas por el viento de la noche, se habrán envuelto en la niebla para descansar, gozando de la noche, de la luna llena de Junio que arriba, en las alturas, lucirá para ellas sólas.....

De nuevo la polvorienta carretera cortada por surcos de las ruedas de carro. Altos chopos recortan sus cunetas y sus puntiagudas copas, intensamente negras, resaltan en el cielo iluminado debilmente por las últimas claridades del atardecer. Delante nuestro chirrían algunos carros y las voces de los arrieros, fustigando a las mulas acallan nuestro andar y el rumor del río que, mansamente, discurre hacia el Ebro.

En las finieblas, distinguimos luces lejanas que se guían maliciosas y de ellas, distinta y clara nos llega una campanada; en mi muñeca, las manecillas del reloj señalan las 9 1/2 de la noche. Poco después pisamos alegres las anchas losas de las calles tortuosas y pueblerinas de Ezcaray.

Moncayo 2.316 mts.

27 de Junio. — Descansando del viaje de la víspera, al alba, el canto del albero y de los braceros que, caballeros en recias mulas marchan hacia los campos plétóricos de miés, nos desvelan. En la mañana, aquellos cantos sonaban vigorosamente y las estrofas, acompañadas por el rítmico pisar de las caballerías, tenían extraña vida en el silencio y lo recorrían todo antes de perderse en la lejanía, adquiriendo allí su verdadero tono de desesperanza.....

Mientras rueda la camioneta hacia Agramonte - bello lugar situado bajo Moncayo mismo y oculto en el follaje de hayas y pinos - recordamos el espectáculo de la antigua Turiaso reviviendo al conjuro de la luna llena que, tras recortar en la plata de su disco las extrañas torres de la Catedral, iba a estremecer, con sus reflejos, las aguas turbias del Queiles.

Comenzamos a andar. Hasta la fuente del Sacristán un guarda forestal nos acompaña amablemente. En este paraje, el sol velado a veces por nubes que ensucian el cielo aragonés, penetra en la enramada y llena de luminosos recortes el suelo húmedo, deformado por las retorcidas raíces del hayedo, entre las cuales y de sencillo monumento, brota el caudal de deliciosa agua.

Entre un bosque de pinos, ascendemos hacia el Santuario de la Virgen del Moncayo, que bajo unas rocas de rara configuración, asienta sus pequeños y antiguos edificios en la pendiente ladera. Bajo nosotros quedó todo el verdor de los bosques de hayas y pinos que se confunden en la distancia y, muy abajo, allí donde terminan, los rojos tejados de las contadas casas de Agramonte ponen el contraste de su subido tono en el paisaje.

Las cimas, altas todavía, brillan tenuamente bajo el cielo plomizo y deseosos de alcanzarlas, continuamos caminando hacia ellas en el mediodía.....

El cuerpo tiene necesidades que saciar y, al hacer alto, de los sacos van saliendo utensilios y alimentos y pronto las cocinillas arden, haciendo hervir sobre ellas las pequeñas tarteras; pero,

pronto, todo ha de volver a las mochilas. Densos nubarrones cargados de electricidad resuenan sobre nosotros, llenando las soledades de imponente grandeza. Pausadas, lentas, caen las primeras gotas ennegreciendo la sucia caliza y luego torrencialmente mientras, en la semi-obscuridad del cielo, rápidas livideces fustigan las pesadas nubes.

Bajo el amplio portalón del Santuario de nuevo; la lluvia cae pesadamente sobre las amplias losas que forman plazuela ante él y, silenciosamente comemos escuchando la monótona cantiga de la

lluvia... Ráfagas de viento sacuden la tormenta; en trozos vuelve a verse al azul del cielo y la vemos marchar hacia el Este. En el ambiente flota, dulzón y húmedo, el vaho que la tierra mojada despidе.....

Reanudada la marcha, ascendemos rápidos y ya apenas si, de trozo en trozo, vemos alguna mata de acónito o zarza que se esfuerza en crecer, estérilmente, en la disgregada roca. En un amplio círculo, lecho lejano de glaciario, un camino prosigue a la izquierda en tobogán hacia la cumbre; por él, subiendo sobre penoso carrascal, pronto damos vista a la vertiente de Soria, en la que la parda tierra brilla opacamente bajo el sol. Las laderas, por esta parte descienden prolongadas y suaves, cortadas por surcos que abrieron millenarios deshielos. La cumbre, a nuestra derecha, la vemos cercana rodeada de nieve.

En un hoyo encontramos abrigo del frío viento que sacude las alturas, pero hemos de abandonarle rápidamente; de nuevo, densos nubarrones vuelven a presagiar tormenta. Por unos minutos contemplamos la llanura que tenemos a nuestro alrededor, bajo los pies; infinita, en ella la tormenta proyecta su sombra llenándola de tinieblas.

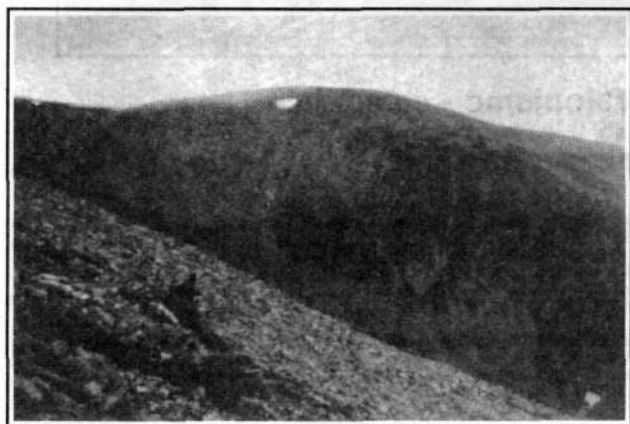
De nuevo el Santuario. Junto a la cercana ermita de San Gaudioso, tres caños manan heladas aguas que no podemos beber y, del Norte, ráfagas de viento hacen desagradable la estancia al exterior. Dentro de los edificios, viendo arder gruesos leños en amplia chimenea, nos olvidamos que abajo, 1600 metros más abajo, estarán más abajo, Estío.....

27 Junio. — La niebla camina con nosotros. Pronto los bosques becquerianos nos maravillan con sus hilos de frescos arroyuelos; sus transparentes aguas, parecen estar todavía habitadas por misteriosos personajes y con su glu-glu melodioso quieren narrar leyendas que nosotros no sabemos comprender.....

En la tarde, sobre la imperial de un autobús, marchando hacia Tudela, contemplamos con pena la serranía que se aleja y los campos verdes de viñedos y olivos, y dorados de mieses que en la hermosa mañana, llenos de sol, atravesamos camino de Tarazona.

L. P.

San Sebastián, Febrero 1935



Cumbre del Moncayo (2.316 mts.)